

Los simios y el colonialismo inglés



Julio Verne

El relato Gil Braltar fue escrito por Julio Verne en 1887. Su versión en español forma parte de una vieja edición sin fecha, que encontré por casualidad en la biblioteca de una antigua parroquia del centro de la ciudad. Desconocemos la versión francesa. Sin embargo, lo ameno del relato de Verne y la vigencia del conflicto de España contra Inglaterra por recuperar el Peñón, nos motiva a reproducir el texto.

Verne solía basar sus relatos en acontecimientos históricos y en un conocimiento preciso de la geografía y la ciencia del siglo XIX. Sus historias de aventuras tienen como telón de fondo los grandes problemas políticos y sociales del siglo XIX: la industrialización, el nuevo

reparto del mundo, el porvenir de los pueblos coloniales, etc. Así, el siglo XIX de Julio Verne es el humo de la locomotora enredado en las hojas de los árboles, la máquina que se integra a la naturaleza; la desaparición del héroe Robur en su aeronave ante la admiración de una multitud norteamericana que momentos antes lo había abrumado con sarcasmos, es la fe en el progreso; los hombres que desde La Florida de los Estados Unidos —como se confirmó en pleno siglo XX—, parten hacia la Luna, la confianza en el porvenir de la ciencia; el siglo XIX es también la época del nacionalismo francés y el chauvinismo anti-británico de Julio Verne. Al referirse a la expansión colonial de su país,

no habla de genocidio sino de hechos heroicos, necesarios para el progreso:

Es la ley del progreso, los indios desaparecerán. Ante la raza anglosajona, australianos y tasmanianos se han desvanecido. Ante los conquistadores de Far West desaparecerán los indios de Norteamérica. Y tal vez un día los árabes serán aniquilados por la colonización francesa.

Por el contrario, cuando se trata del colonialismo inglés, Verne critica sus atropellos y apoya los movimientos de liberación nacional: En *Los hijos del Capitán Grant*, por ejemplo, destaca la lucha de liberación de Nueva Zelanda. Los maorís son descritos como "hombres bravos y

valientes que resisten a pie firme las invasiones de Inglaterra".

Verne, por lo general, reconoce en sus obras a Inglaterra, Estados Unidos y la misma Francia, como los portadores del progreso y el dominio sobre la naturaleza. Y relaciona con la barbarie y el salvajismo a los pueblos coloniales. No sucede así en su relato *Gil Braltar*, donde para el autor no hay más realidad que la locura de un hidalgo español que pretende liberar el Peñón disfrazado de simio, y el salvajismo de Inglaterra —cuyos personajes reduce también al papel de antropoides— que defiende Gibraltar.

Hoy, el pesimismo de Verne sobre la situación del Peñón en 1887, se confirma con nuevos acontecimientos. Inglaterra, engreída de sus éxitos de antaño, se aferra a la posesión de Gibraltar y Las Malvinas, para conservar así el consenso de su gobierno. Mientras que España, ahora con un gobierno socialista joven, insiste en recuperar el Peñón. Gibraltar es una puerta al Mediterráneo, de ahí su importancia histórica y actual. Los antiguos lo conocían con el nombre de *Estrecho de Hércules*, en recuerdo de una leyenda según la cual fue Hércules quien formó el estrecho al romper los montes de Calpe y Abyla, que unían Europa y África. Al invadir los musulmanes la península española, su caudillo Tarik construyó un castillo entre Calpe y Abyla, al que denominó Guberl el Tarik —Gibraltar—, nombre con el que designó también al estrecho. El Peñón fue fortificado por Tarik en el año 711. Hasta 1462 lo lograron recuperar los españoles. Posteriormente, en la Guerra

de Sucesión española —1701 a 1714—, los británicos, contrarios a que el bloque franco-español dominase Europa, invadieron Gibraltar. Durante la guerra de independencia norteamericana —1778—, España ofreció a Gran Bretaña su neutralidad a cambio de la cesión de Gibraltar. Ante la negativa inglesa, España realizó un nuevo asedio que se prolongó, sin resultados, hasta 1783. El tratado de Versalles firmado en dicho año, devolvió a España Florida y Monoarca, pero confirmó a Gran Bretaña la posesión de Gibraltar. Desde entonces, España ha realizado múltiples intentos por recuperar el Peñón.

En el siglo XIX Gibraltar fue un importante centro de contrabando inglés y punto estratégico en la lucha por el nuevo reparto del mundo. España no pudo evitarlo.

Los últimos intentos diplomáticos de España por recuperar Gibraltar, se dieron en julio de 1981 y abril de 1983.

Julio de 1981 fue un mes de conflictos para Inglaterra. El trece de ese mes, en Londres,

Una lluvia de tomates y rollos de papel higiénico fue lanzada contra la primera ministra Margaret Thatcher, ante su exhortación a la población de Liverpool para que se uniera a la policía en su intento por acabar con los desórdenes callejeros que desde hacía diez días asolaban las principales ciudades británicas. (*El día*, 14 de julio de 1981).

A su vez, en Liverpool y Londres, eran múltiples los choques entre los manifestantes que se oponían al racismo, el desempleo y la violencia, contra la policía. En este

clima, y después de la muerte de tres miembros del Ejército Republicano Irlandés —en huelga de hambre por su reconocimiento como prisioneros políticos—, se anuncia la boda del príncipe Carlos de Inglaterra con lady Diana Spencer. Su luna de miel tendría como primera escala el Peñón de Gibraltar. El 19 de julio, con un costo económico y una vigilancia sin precedentes en la historia de Inglaterra, Carlos y Diana contrajeron matrimonio. A la ceremonia asistieron veinticinco mil invitados, entre monarcas, jefes de Estado y reyes. Sólo un gran ausente: el rey Juan Carlos de España. Juan Carlos, a pesar de su amistad con la casa de Windsor, había decidido no asistir a la boda, en protesta por la escala de los príncipes en Gibraltar. Ni la reina Isabel, ni Margaret Thatcher se molestaron en indignarse. Salvo las declaraciones diplomáticas y periodísticas, no hubo ningún contratiempo por la estancia de la pareja real en el Peñón. Mientras tanto, en Inglaterra, las manifestaciones callejeras contra el desempleo y el racismo eran reprimidas con gases.

Al entrar en escena el gobierno socialista español, derogó las medidas restrictivas que impedían la Salida y acceso al campo de Gibraltar, para presionar así a las negociaciones. El 13 de abril de 1983, Inglaterra respondió a la medida española con maniobras navales en la zona, a la que asistieron algunos buques que habían participado en las jornadas bélicas de Las Malvinas. La prensa de Madrid, alarmada, comentó: "Los bravucones de Las Malvinas ya están en Gibraltar." La prensa de Londres respondió: "Es in-

concebible que España se una a la Comunidad Económica Europea, mientras mantenga restricciones al tráfico normal entre España y Gibraltar" (*Unomásuno*, 14 de abril 1983). A la fecha, las negociaciones continúan estancadas.

Con las demostraciones de fuerza en Gibraltar y Las Malvinas, Margaret Thatcher supo ganarse la simpatía nacional sin dejar de lado su plan económico austero. El colonialismo, al fin y al cabo, no deja de ser políticamente redituable. Así lo demostró el arrollador triunfo de Margaret Thatcher en las pasadas elecciones de junio. España, por su parte, con su gobierno socialista, comprometido a cimentar un país distinto, busca nuevos caminos que le permitan recuperar el Peñón perdido en 1704, después de la época franquista en que no hubo ningún intento de negociación. La herida colonial está abierta: sólo que la Inglaterra actual no es ya la gran potencia del siglo XIX. Ni los intentos de España por recuperar el Peñón los simples arrebatos pasionales de un hidalgo agazapado en las rocas.

Dice la amarillenta portada del relato:

Sáenz de Jubera Hermanos, Editores.

GILBRALTAR

por

JULIO VERNE

Versión española ilustrada con grabados.

Sáenz de Jubera hermanos 10,

calle de Campomanes, 10

Editores.

Luego, un viejo grabado de un coronel convertido en mono, con el nombre de Gil Braltar abajo del dibujo. Después, el cuento de Verne que a continuación reproducimos tal y como aparece en la edición española.

GIL BRALTAR

I

Estaban allí reunidos lo menos de setecientos a ochocientos. De mediana estatura; pero robustos, ágiles, esbeltos, hechos para los saltos prodigiosos, iban de acá para allá, á los últimos resplandores del sol que se ocultaba al otro lado de las montañas escalonadas hacia el Oeste de la rada.

El disco rojizo desapareció pronto, la obscuridad comenzó a extenderse en medio de toda aquella cuenca encajonada entre las lejanas sierras de Sanorra, de Ronda y del país desolado del Cuervo.

De repente, la tropa se inmovilizó. Su jefe acababa de aparecer, montado en la misma cresta de la montaña, como sobre el lomo de un asno flaco. Desde el puesto de soldados, que estaba como colgado en lo más extremo de la cima de la enorme roca, no se podía ver nada de lo que pasaba bajo los árboles.

— ¡Uiss, uiss ¡— silbó el jefe, cuyos labios, recogidos como el culo de un pollo, dieron á este silbido una intensidad extraordinaria.

— ¡Uiss, uiss ¡— repitió aquella extraña tropa, formando un conjunto completo.

Un ser singular era este jefe, de alta estatura, vestido con una piel

de mono con el pelo al exterior, la cabeza rodeada de una inculta y espesa cabellera, la faz erizada de una barba corta, los pies descalzos, duros en las plantas como cascos de caballos.

Levantó el brazo derecho, y lo extendió hacia la parte inferior de la montaña. En el mismo instante, todos repitieron aquella actitud con una precisión militar, mecánica, como muñecos movidos por el mismo resorte. El jefe bajó su brazo, y todos bajaron el suyo. Se encorvó hacia el suelo, y todos se inclinaron en la misma actitud. Empuñó un sólido palo, que blandió en el aire, y todos blandieron sus bastones, haciendo el mismo molinete; el mismo que los jugadores del palo llaman la rosa cubierta.

Después, el jefe se volvió y se escurrió sobre la hierba, subiendo por entre los árboles. La tropa lo siguió haciendo los mismos movimientos.

En menos de diez minutos los senderos del monte, descarnados por la lluvia, fueron recorridos, sin que el choque de una roca ni de un guijarro hubiese detenido aquella masa en marcha.

Un cuarto de hora después, el jefe se detuvo, y todos se detuvieron, como si los hubieran clavado en aquel sitio.

A doscientos metros por bajo, aparecía la ciudad, tendida a lo largo de la sombría rada. Numerosas luces iluminaban el grupo confuso de edificios, de casas, de quintas, de cuarteles. Al otro lado, los fanales de los navíos de guerra, los fuegos de los buques de comercio y de los pontones anclados en la rada, reverberaban sobre la superficie de las

tranquilas aguas. Más lejos, á la extremidad de la Punta de Europa, el faro proyectaba un haz de rayos luminosos sobre el estrecho.

En aquel momento se oyó un cañonazo: el *Birst gun fire*, disparando desde una de las baterías rasantas. Entonces, los redobles del tambor, acompañados del agudo chillido del pito, se dejaron oír.

Era la hora de la retreta, la hora de que cada cual entrara en su casa. Ningún extranjero tenía ya derecho de transitar por la ciudad, sin ir escoltado por un oficial de guarnición. A los marineros se les dió orden de volver á bordo antes de que las puertas de la ciudad estuviesen cerradas. De cuarto en cuarto de hora, circulaban patrullas, que conducían al puesto de vigilancia á los retrasados y a los borrachos. Después, todo quedó en silencio.

El general Mac Kackmale podía dormir á pierna suelta.

No parecía que Inglaterra tuviese nada que perder aquella noche por la seguridad de su roca de Gibraltar.

II

Ya se sabe lo que es esta roca formidable, de ochenta y cinco metros de altura, que descansa sobre una base de mil doscientos cuarenta y cinco de ancha, y de cuatro mil trescientos de larga. Tiene alguna semejanza con un inmenso león acostado, con la cabeza del lado de España y la cola hundiéndose en el mar. Su faz descarnada deja ver los dientes —setecientos cañones que enseñan sus bocas á través de las troneras; —*la dentadura de la vieja*.

como la llaman vulgarmente. Pero es una vieja que mordería con fuerza si se le molestara.

Inglaterra está situada sólidamente en aquel punto, como lo están en Perím, en Aden, en Malta, en Poulo Pinang y en Hongkong, y en otras tantas rocas, con las cuales, algún día, con los progresos de la mecánica, formarán fortalezas giratorias.

Entre tanto, Gibraltar asegura al Reino Unido una dominación indiscutible sobre los diez y ocho kilómetros de aquel estrecho, que la maza de Hércules ha abierto entre Avila y Calpe, en lo más profundo de las aguas mediterráneas.

¿Han renunciado los españoles á reconquistar este trozo de su Península? Sí, sin duda; pues parece ser inatacable por tierra y por mar.

Sin embargo, había uno que abrigaba el pensamiento constante de reconquistar aquella roca ofensiva y defensiva. Este era el jefe de la banda, un ser raro, y hasta se puede decir, loco. Este hidalgo se llamaba precisamente Gil Braltar, hombre que, en su pensamiento sin duda, le predestinaba á una conquista tan patriótica. Su cerebro no había resistido á la idea, y su plaza hubiera debido estar en un asilo de dementes. Se le conocía perfectamente; sin embargo, desde hacía diez años no se sabía a ciencia cierta lo que había sido de él. ¿Vagaría errante por el mundo? En realidad, él no había abandonado su territorio patrimonial...Llevaba una existencia de troglodita, bajo los bosques, en las cavernas, y particularmente en el fondo de los inaccesibles reducidos de las grutas de San Miguel, que,

según se dice, comunican con el mar. Se le creía muerto. Vivía, sin embargo, pero a la manera de los hombres salvajes desprovistos de la razón humana y que no obedecen más que a los instintos de la animalidad.

III

El general Mac Kackmale dormía perfectamente á pierna suelta, sobre sus dos orejas, algo más largas de lo que manda la ordenanza. Con sus brazos desmesurados, sus ojos redondos, hundidos bajo sus espesas cejas, su faz rodeada de una barba grisácea, su fisonomía gesticuladora, sus gestos de anthopopitheco y el prognatismo extraordinario de su mandíbula, era de una fealdad notable, aun para un general inglés.

Era un verdadero mono; excelente militar por otra parte, á pesar de su figura simiesca.

Sí, dormía en su confortable habitación de Main-Street, en aquella sinuosa calle que atraviesa la ciudad, desde la puerta del mar a la puerta de la Alameda. Acaso estaría soñando que Inglaterra se apoderaba de Egipto, de Turquía, de Holanda, de Afganistán, del Sudán, del país de los Boërs, en una palabra, de todos los puntos del globo que le conviniera, y eso en el momento en que corría peligro de perder Gibraltar.

La puerta de la habitación se abrió bruscamente.

—¿Qué hay?— preguntó el general Mac Kackmale, levantándose de un salto.

—Mi General (respondió un ayudante de campo, que acababa de entrar

en la habitación como una bomba): la ciudad está invadida.

—¿Por los españoles, quizá?

—Preciso es creerlo.

—¿Se habrán atrevido? . . .

El General no acabó de hablar.

Se levantó, arrojó el casquete que cubría su cabeza, se metió el pantalón, se envolvió en su levita, se metió en sus botas, se caló el claque y se preparó con su espada, diciendo:

—¿Qué ruido es ese que oigo?

—El ruido que forman los habitantes de las rocas, que corren como una avalancha por la ciudad.

—¿Son muy numerosos esos pillos?

—Deben serlo.

—¿Sin duda se han reunido todos los bandidos de la costa para dar este golpe de mano, los contrabandistas de ronda, los pescadores de San Roque, los refugiados que pululan en todas las poblaciones?

—Es de temer, mi General.

—¿Y el Gobernador está prevenido?

—¡No! Y es imposible ir á darle aviso á su quinta de la Punta de Europa. Las puertas están ocupadas; las calles llenas de asaltantes.

—¿Y en el cuartel de la puerta del Mar?

—¡No hay medio alguno de llegar hasta allí! Los artilleros deben hallarse sitiados en su cuartel.

—¿De cuántos hombres podéis disponer?

—De una veintena, mi General: soldados de línea del tercer regimiento, que han podido escapar.

— ¡Por San Dunstán! (exclamó Mac Kackmale). ¡Gibraltar arrancado á la Inglaterra por esos vendedores de naranjas! ¡Eso no puede ser, no; no será!

En aquel momento la puerta de

la habitación dió paso á un ser extraño, que saltó sobre los hombros del General.

IV

— ¡Rendíos!— exclamó con voz ronca, que tenía más de rugido que de voz humana.

Algunos hombres que habían acudido detrás del ayudante de campo se disponían á lanzarse sobre aquel hombre, cuando, á la claridad de la habitación, le reconocieron.

—¡Gil Braltar!— exclamaron.

Era él, en efecto; el hidalgo en el cual no se pensaba ya desde hacía largo tiempo; el salvaje de las grutas de San Miguel.

— ¡Rendíos!— continuaba gritando.

—¡Jamás!— respondió el general Mac Kackmale.

De repente, en el momento en que los soldados le rodeaban, Gil Braltar hizo resonar un uiss uiss. agudo y prolongado.

En seguida, el patio del edificio, el edificio todo, la habitación misma en que se hallaban, se llenó de una masa invasora.

¿Lo creerán ustedes?, eran monos; monos por centenares. Iban á tomar á los ingleses aquella roca de la que son verdaderos propietarios, aquella montaña que ocupaban antes los españoles, mucho antes de que Cromwell hubiese soñado su conquista para la Gran Bretaña. ¡Sí, en verdad! Y eran temibles por su número aquellos monos sin cola, con los cuales no se vivía en buena paz sino á condición de tolerar sus merodeos; aquellos seres inteligentes y audaces, que se cuidaba mucho de no molestar, pues sabían vengar-

se, —y eso había sucedido muchas veces—, haciendo rodar enormes rocas sobre la ciudad.

Y en aquel momento, aquellos monos se habían convertido en soldados de un loco, tan salvaje como ellos; de aquel Gil Braltar que todos conocían, que llevaba una vida independiente; de aquel Guillermo Tell cuadrumanizado, cuya existencia entera se concentraba en este pensamiento; ¡Arrojar á los extranjeros del territorio español!

¡Qué vergüenza para el Reino Unido, si la tentativa llegaba a tener éxito! Los ingleses, vencedores de los indios, de los abisinios, de los tasmanios, de los australianos, de los hotentotes y de tantos otros, ¡vencidos por los monos!

Si semejante catástrofe sucedía, el general Mac Kackmale no tendría otro remedio que saltarse la tapa de los sesos. ¡No se sobrevive á semejante deshonra!

Sin embargo, antes que los monos, llamados por el silbido de su jefe, hubiesen invadido la habitación, algunos soldados habían conseguido apoderarse de Gil Braltar. El loco, dotado de un poder extraordinario, resistió, y no costó poco trabajo el reducirle. Su piel prestada le había sido arrancada en la lucha, y permaneció casi desnudo, en un rincón, amordazado, atado, bien seguro, para que no pudiera ni moverse, ni hacerse oír. Poco tiempo después, Mac Kackmale se lanzaba fuera de su habitación, resuelto a vencer o morir, según la fórmula militar.

Pero el peligro no era menos grande en el exterior. Sin duda, algunos soldados habían podido reunirse en la puerta del Mar, y

marchaban hacia la vivienda del General. Varios tiros se oían en Main-Street y en la plaza del Comercio. Sin embargo, el número de monos era tal, que la guarnición de Gibraltar corría peligro de verse muy pronto obligada á ceder el puesto, y entonces, si los españoles, hacían causa común con los monos, los fuertes serían abandonados, las baterías quedarían desiertas, las fortificaciones no contarían más que con un solo defensor, y los ingleses, que habían hecho inaccesible aquella roca, no volverían a poseerla jamas.

De repente se produjo un gran movimiento. En efecto: á la luz de las antorchas que iluminaban el patio, se pudo ver a los monos batirse en retirada. A la cabeza de la banda marchaba su jefe, blandiendo su palo. Todos lo seguían, imitando sus movimientos de brazos y piernas, y al mismo paso.

¿Era que Gil Braltar había podido desembarazarse de sus ligaduras, y escapar de la habitación donde se le guardaba? No había duda posible. ¿Pero adonde se diri-

gían entonces? ¿Iban hacia la Punta de Europa, á la quinta del Gobernador, para tomarla por asalto, y á intimarle la rendición, conforme habían hecho con el General?

¡No! El loco y su banda descendían por Main-Street. Después de haber franqueado la puerta de la Alameda, tomaron oblicuamente á través del parque, y subieron por las pendientes a la montaña.

Una hora después no quedaba en la ciudad ni uno solo de los invasores de Gibraltar.

¿Qué había pasado?

Bien pronto se supo, cuando el general Mac Kackmale apareció en el límite del parque.

Había sido él, que, desempeñando el papel del loco, se había envuelto en la piel de mono del prisionero. Parecía de tal modo un cuadrumano aquel bravo guerrero, que los monos mismos se habían engañado.

Una idea del genio seguramente, que fue muy pronto recompensada con la concesión de la cruz de San Jorge.

En cuanto á Gil Braltar, el Reino Unido lo cedió, por dinero, á un Barnum ó empresario de espectáculos, que hace su fortuna paseándole por las principales ciudades del Antiguo y del Nuevo Mundo. Varias veces el empresario llega a decir que no es el salvaje de San Miguel el que exhibe, sino el general Mac Kackmale en persona.

Sin embargo, esta aventura ha sido una lección para el gobierno de su Graciosa Majestad. Ha comprendido que si Gibraltar no podía ser tomada por los hombres, estaba, en cambio, á merced de los monos. Por consiguiente, Inglaterra, que es muy práctica, ha decidido no enviar allí en adelante sino los más feos de sus generales, á fin de que los monos puedan engañarse con facilidad.

Esta medida les asegura verdaderamente para siempre la posesión de Gibraltar.

FIN